

MIRA STRAUSS



EN LAS GARRAS DEL AMOR

En las garras del amor

Nira Strauss

 **Match**stories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Nira Strauss, 2025, representada por la Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30921-5

Depósito legal: B. 14.650-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Sierra



Se dice que Kang Ji Hu tenía solo catorce años cuando, por azares del destino, se cruzó con un grupo de traficantes de cuerno de rinoceronte. Sin saber nada de nada del tema, de lo que suponía, ni de las increíbles consecuencias que tendría, decidió interponerse en su camino. Perdió una pierna por un disparo, pero, para cuando llegó la policía, lo encontraron junto a cuatro hombres maniatados (se dice también que tres de ellos estaban inconscientes, aunque esto nunca se ha corroborado) y casi dos toneladas de polvo de cuerno de rinoceronte que nunca llegarían al mercado negro.

De sus valerosas acciones surgieron alabanzas, medallas, su cara por toda Corea del Sur como el rostro de lo que la juventud podía llegar a ser. Se sentó en platós de televisión internacionales contando su historia y su propio país pagó la operación que le devolvería la movilidad con una prótesis de primera calidad. E incluso con esa limitación no quiso ser exonerado del servicio militar, obligatorio en su país, y también se convirtió en la cara de la Administración pública y el deber ciudadano.

En definitiva, Kang Ji Hu ya había pasado a la historia como un adolescente íntegro y una persona de grandes valores. ¿Se conformó con eso? Claro que no. Con su cara y su fama, creó su propia fundación para la protección de los animales en pe-

ligro de ser cazados, en peligro de extinción y también para aquellos que, por culpa de la intervención humana, ya no pudieran desenvolverse en su hábitat natural.

Todo el mundo (y cuando digo «todo el mundo» es TODO EL MUNDO) se volvió loco por esto. Era como si, por donar a la causa de Kang Ji Hu, se te contagiara lo buena persona que era. Todos los que invertían en la fundación recibían un pequeño paquete de agradecimiento con detallitos, incluida una chapa turquesa en la que ponía YO SOY KANGNIMALISTA. Eran los años noventa, por el amor de Dios. En la actualidad, esa chapa se vende muy cara en webs de segunda mano. Lo sé porque he intentado conseguirla y, en fin, qué ironía: tendría que meterme en el mercado negro para poder pagarla.

Y unos años más tarde, por fin, sucedió. Aquello que cambiaría la historia para siempre, un acontecimiento que hizo que, por un instante, la mirada de todo el planeta se dirigiera a California.

Aquello que hizo que yo, una niña pelirroja desgredada e hiperactiva, se quedara quieta frente al televisor como si un espiritista acabara de succionarme el alma.

Se fundó el Imugi, un santuario para animales.

El anciano magnate Dankworth se había conmovido por el tesón de Kang Ji Hu y había cedido sus vastos terrenos californianos y parte de su fortuna a su causa. Y la alianza no fue solo económica, porque Ji Hu acabó casándose con la nieta de Dankworth. Todo quedaba en familia, vaya.

Toda mi atención, afán, interés y energía se volcaron en cualquier cosa relacionada con ese santuario. Yo era una cría bastante intensita, no voy a negarlo, de las que chillaban como locas cuando querían un juguete pero que, en cuanto lo tenían, pasaban al siguiente. Esto no ocurrió con el Imugi. Fue mi juguete definitivo. Mi primer y categórico amor. Mi Zendaya.

Mi Dylan O'Brien (con quien creo que me obsesioné un poco de más por compartir apellidos).

No tengo pruebas, pero estoy convencida de que gracias a mis pobres padres el santuario decidió activar unas tarjetas de socios vip; pagabas una cuota anual y podías entrar determinados días a ver a los animales.

¿Wonder Woman? No era NADA comparada con Loretta Larenty, la cuidadora de los tigres de Bengala. La primera vez que la vi de lejos, me dio un ataque de ansiedad y acabé en la enfermería del santuario. Que también estaba muy guay, por cierto.

Fue en una de esas visitas cuando mi acelerado cerebro pareció tropezar y bajar el ritmo. Todo se redujo al momento en el que conocí al tercer cachorro de una de las tigresas. ¿Había sido yo una niña con una conexión profunda con la selva o sus criaturas? En absoluto. Y eso que mi padre iba pregonando por todos lados que uno de nuestros antepasados viajó de Irlanda a Chile, donde se involucró tanto en la defensa de los indígenas que se supone que acabó viviendo descalzo y loco en lo profundo de la selva valdiviana.

En fin, que no sé explicar qué ocurrió entre el cachorro de tigre y yo. Su cuidadora y mis padres tampoco. Solo sé que nos miramos, y que esa criatura peluda y vibrante se detuvo unos segundos junto al cristal de la sala de observación y...

Las manos de mi madre se posaron sobre mis hombros.
—¿Sierra?

Había cautela en su voz. Asombro, seguro. Ostras, yo no me estaba quieta ni cuando dormía. Deshacía por completo la cama todas las noches.

Loretta Larenty parecía alarmada.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien?

Ah, sí, probablemente por los lagrimones que me caían sin cesar por las mejillas.

—No se preocupe, es normal en ella —aseguró mi padre.

No me atreví a plantar los dedos en el cristal porque me sabía el reglamento de memoria, pero me incliné hasta que juraría que sentí en la nariz el bochorno del bioma de los tigres.

La mamá tigre apareció de pronto, llamando la atención de su bebé y llevándoselo hacia el lado opuesto de la galería. La cola rayada de la madre se movía de manera hipnótica. Los visitantes que estaban en aquella área de observación lanzaron exclamaciones todos a la vez.

Yo me balanceé sobre los talones, un poco inestable, y susurré:

—Es perfecta.

Loretta me miró con curiosidad.

—¿Cómo sabes que es hembra?

Parpadeé.

—Me... Me lo ha parecido.

Sonriente, la chica me acarició la cabeza. Al menos lo intentó, procurando que sus dedos no se enredaran en el amasijo que eran mis rizos irlandeses.

—Entonces, tienes un instinto espectacular. Es una hembra, y esta mañana el hijo del presidente la ha llamado *Dokkaebi*.

—¿Qué significa?

—Son espíritus traviesos en la mitología coreana.

Sí, eso tenía sentido. Había visto al hijo de Kang Ji Hu en un montón de revistas y la verdad era que había heredado todos los rasgos de su padre. Siempre iba tan repeinado que su pelo parecía un sombrero negro y no pelo de verdad, algo que me molestaba sin saber muy bien por qué, y utilizaba pantalones de pinzas con tirantes. Parecía tan serio que me costaba creer que mirara a una tigresa bebé y se le ocurriera un nombre tan guay. Pero tenía la sangre de Kang Ji Hu. Algo de su grandiosidad debía de haber heredado.

Al final de la visita, intercepté a Loretta antes de que volviera al Valle de los Tigres. Mis padres seguían observándome como si me hubiera picado una araña radioactiva.

—¿Tienes alguna duda, cariño?

—Sí, yo... Eh... —Mis ojos pasaron por su polo turquesa con el logo bordado del santuario: el sonriente dragón de largos bigotes, el Imugi, aquel que daba nombre a todo el lugar. Justo debajo había una placa de plástico con el nombre de la cuidadora: LORETTA LARENTY. En uno de mis múltiples parpadeos me pareció que ponía SIERRA O'BRIEN, pero luego desapareció—. ¿Qué tengo que hacer para trabajar aquí?

Mi madre soltó una carcajada y mi padre suspiró. Me quería. Mucho. Pobre hombre.

—Disculpe a mi hija. Sierra, ¿de qué narices estás hablando?

—Quiero trabajar aquí.

—Hasta hace nada querías ser hada madrina.

—¡En Georgia es un trabajo de verdad! —me defendí, pero luego sacudí la cabeza—. No me distraigas. Señora Loretta, ¿puede decirme lo que me hace falta?

Mi padre intentó ahorrarle a la pobre chica tener que contestar una pregunta que sin duda era mucho más compleja de lo que yo creía a mis siete años, pero la buena de Loretta le dijo que no pasaba nada. Mientras tanto, mi madre trataba de que no se notara que estaba partiéndose de risa.

—Bueno, Sierra, en primer lugar, necesitamos que seas mayor de edad. —Loretta se acucilló para estar a mi altura. Su brillante pelo rubio estaba recogido en una coleta alta y tenía el rostro bronceado por el sol. Entre eso y el polo turquesa, me pareció una diosa enviada a la tierra para repartir sabiduría—. Y vas a tener que ir a la universidad, algo que no sé si entraba en tus planes. Yo particularmente estudié Ciencias Ambientales, pero hay varias carreras entre las que pue-

des elegir. Puede que haya un máster... o dos. No te voy a mentir, no será fácil —afirmó poniéndose muy seria, lo cual hizo que yo contuviera la respiración—. El Imugi solo contrata a los mejores, y no solo se fijarán en tus calificaciones. Tus valores, tu resolución y tu amor por los animales serán puestos a prueba. Pero ¿sabes qué? Creo que tú tienes lo que hace falta.

Abrí la boca, aturdida.

—¿En serio?

—Claro que sí, has determinado el sexo de un tigre solo con mirarlo. Y esto de aquí es una tarjeta vip, ¿verdad? —dijo señalando la identificación que colgaba de mi cuello—. Si crees respetando a los animales, estudias muy duro y luego vienes aquí y nos convences de ello, el Imugi será muy afortunado de contar con alguien como tú en su plantilla.

Asentí, pero me pareció que no lo había hecho con valor y resolución, así que lo intenté con más fuerza por segunda vez.

—Lo haré.

Loretta me sonrió.

—Bien. —Luego se puso en pie y miró a mis padres—. Tienen una hija... peculiar.

—Lo sabemos —contestaron los dos a la vez, resignados.

—Bueno, Sierra, estoy segura de que nos veremos pronto.

Se despidió agitando la mano y todavía sonriendo. Ella se internó de nuevo en el Valle de los Tigres y mis padres me cogieron de las manos para dirigirnos a las zonas de pícnic. Parloteaban sobre algo por encima de mi cabeza, pero yo miraba al suelo. El sendero que entraba y salía del Valle de los Tigres estaba pavimentado con baldosas de terracota con distintos dibujos. Mis pies caminaron sobre zarpas, manchas, rayas y soles diminutos mientras pensaba que Loretta Larenty no había dejado de sonreír en toda la visita. Parecía feliz, sabía

todo lo que se podía saber sobre tigres y muchos otros animales, y su coleta se balanceaba de una forma genial.

Quería ser como ella.

¿Tal vez... mejor que ella?

Me visualicé a mí misma de vieja, como con veinte años, llevando ese polo turquesa con un identificador con mi nombre y sonriendo a todos los niños asombrados que entraban a ver a *mis* tigres.

Lo visualicé una y otra, y otra, y otra vez...



Hasta que me veo a mí misma en un pasillo de la UCLA, con casi veintidós años y la piel hormigueándome por la emoción.

«Lo has hecho —pienso sin cesar—. Has llegado hasta aquí. Han sido casi cuatro años duros, por momentos muy raros, y has sudado y sangrado para conseguir esto.»

—Sierra.

Ya casi puedo oler la mezcla de perfumes de la flora cuidadosamente seleccionada del santuario.

Siento el sol sobre mis pálidas mejillas.

Noto el tacto aterciopelado del lomo de *mis* tigres en la punta de los...

—Sierra O'Brien.

La voz de una de mis mejores amigas, Cecilia Lombardi (Cece si no quieres que te lance una mirada mordaz), rompe mi estupendo ciclo de autoconvencimiento. Inspiro hondo cuando me percato de su mirada tolerante.

—Estoy bien —le aseguro.

—Me alegro. Porque tú y yo sabemos lo que va a pasar

cuando entremos ahí. —Señala con la cabeza la puerta de la clase de Biología Animal, donde hemos sido convocadas—. No puede haber otro resultado.

Que Cece esté aquí, conmigo, sonriendo, es una noticia alucinante, porque significa que al menos la mitad de mi plan está saliendo bien. Tal vez yo no lo consiga, pero me quedará tranquila si una chica tan inteligente y capaz como ella sí lo hace.

Fue la segunda amiga de verdad que hice, después de Lluvia, y mi vida universitaria no habría sido lo mismo sin ella. Lo único que habría podido mejorarlo habría sido que hubiéramos estudiado la misma carrera, pero ella se decantó por Medicina Veterinaria.

Es un poco más alta que yo (menuda novedad), con una preciosa piel morena y un único y atractivo lunar junto al labio superior. Para una pecosa como yo, es como si yo hubiera sido el ensayo y ella, el acierto. Le encanta trenzarse el pelo de maneras inverosímiles, pero para la reunión de hoy ha optado por cuatro trenzas hacia atrás decoradas con un lazo púrpura, a juego con su *eyeliner* gatuno.

Una chica aparece por el fondo del pasillo y, al advertirnos, se detiene. A pesar de la distancia podemos ver perfectamente sus ojos rojos y los churretes de maquillaje que le bajan por las mejillas.

Antes de que podamos decir nada, da media vuelta y se marcha a toda prisa.

Suspiro.

—Pobre Emma.

Cece no parece tan afectada.

—Supongo que eso significa que no la han llamado para esta reunión.

Lo cual, como las dos sabemos, quiere decir que ni siquiera ha pasado a la última fase de la solicitud de la beca.

—Se enteró ayer —le digo. Emma y yo somos compañeras de carrera, así que coincidimos mucho más. No somos amigas, pero no me hace falta para ponerme en su lugar—. Parecía bastante compuesta, pero hoy debe de haberse derribado, sobre todo si se ha enterado de que Kang sí fue convocado.

Cece hace una mueca, contrariada.

—Eso no debería importarle tanto. La gente tendría que superarlo de una vez.

Me erizo un poco por su comentario.

—Eso no es justo. Sabes cómo debe de sentirse.

«Como si un niño mimado le hubiera robado la oportunidad», pienso. Una parte de mí sabe que Emma no cumplía los requisitos y que era poco probable que le concedieran la beca. Sí, lo sé.

Pero la otra...

La otra piensa que, si yo fuera Emma, si fuera yo a quien no hubieran convocado para esta reunión y me hubiese enterado de que Kang Young Jae sí lo había conseguido, me destrozaría por completo.

Y luego quemaría la universidad, claro.

—Lo que sé es que la gente tacha muy rápido a los ricos solo por ser ricos —replica Cece.

Sé por qué defiende a Kang. Al contrario que yo, y por razones ajenas a mi voluntad y raciocinio, esos dos son amigos. Y durante varios años nos las hemos arreglado para que eso no interfiera entre nosotras y no voy a dejar que cambie.

Le sonrío.

—Ya sabes lo que dicen: todos los ricachones esconden cadáveres en el armario.

Pone los ojos en blanco, pero se relaja.

Nuestra profesora y la encargada de que nuestras vidas

estén a punto (o no) de dar un giro drástico, Nancy Abbot, nos está esperando en la puerta del aula.

—Aquí estáis, chicas. Vamos, vamos.

—Está guapísima, señora Abbot —la adula Cece.

Los labios de la mujer tiemblan un poquito. Permanece en el umbral con la puerta abierta y nos invita a pasar con un gesto. Lleva con el mismo corte de pelo estilo *bob*, con la nuca al descubierto, desde que la conozco, y cada día desde entonces me parece que lleva unos pendientes distintos. ¿Los de hoy son... casetes rosas en miniatura?

Un movimiento y un juego de luces me hacen caer en la cuenta de que hay otra persona en el aula. El sol de última hora de la tarde de Los Ángeles entra con fuerza por las cristalerías que recorren todo el lateral de la clase; es el momento del día preferido de la señora Abbot para dar resoluciones a sus alumnos.

Entorno los ojos para distinguir la silueta a contraluz.

—O'Brien —dice con alegría una voz grave y socarrona. La boca del estómago se me retuerce.

—Kang —musito apretando los dientes. No quiero que se me escape ninguna de mis expresiones habituales cuando lo tengo cerca.

Solo faltaría que la señora Abbot me vea poner los ojos en blanco, hacer bailar mi mandíbula o, EL UNIVERSO NO LO QUIERA, que aparezca un terrible tic. Esta mujer está convencida de que soy una joven estudiante aplicada y con mucha proyección de futuro; eso no pega con tener un archirrival. Es infantil. Inmaduro. Demuestra poca capacidad de adaptación.

Y esas no son cualidades que me apetezca tener en el currículum.

El problema es que, después de nuestro encontronazo al principio de la carrera, nada fue a mejor. Tras su «prejuiciosa

insoponible», Kang demostró que iba en serio sobre perseguir la beca. Y yo, sinceramente, alimenté mis ideas preconcebidas sobre él. Incluso yo sé que he estado bastante a la defensiva en lo que a él respecta y que no debería importarme *tanto*, pero...

Arg, es que mira esa sonrisita. No puedo con él. De verdad que no.

Kang es todo dientes mientras Cece y yo nos situamos junto a él. Dejo a mi amiga en el medio porque sé que a ella no le importará.

Kang le saca una buena cabeza a Cece (lo cual significa que me saca dos a mí) y, cómo no, la luz del sol arranca destellos azulados a su perfecto pelo. Como siempre, va vestido de colores oscuros y lleva esas horrendas Dr. Martens llenas de hebillas con las que parece que va a saltar dentro de una trinchera o a pelearse en un bar de moteros.

—Y yo soy Lombardi —canturrea Cece. Su mano se enreda con la mía como si creyera que voy a hacer algo con ella. Por favor, si solo le pegué una vez—. Vamos a tener la fiesta en paz.

Kang suelta una de sus risas bajas irritantes.

—Solo he saludado a mi compi favorita.

La mano de Cece se mueve a la velocidad de la luz, apenas un borrón oscuro. Kang emite un sonido estrangulado muy sospechoso.

¿He dicho que adoro a Cece?

—No hace falta que os quedéis de pie —dice entonces la señora Abbot desde su escritorio.

Los tres nos acomodamos en la primera fila de asientos y empiezo a repasar toda mi vida y decisiones de los últimos años compulsivamente.

La señora Abbot no nos haría venir para vernos la cara de tontos. Es una de las mejores profesoras del departamento.

La rara avis de la enseñanza superior, porque no está hastiada de la vida académica ni refleja sus fracasos o inseguridades en sus alumnos. No coge manía a nadie ni es muy obvia cuando tiene preferidos. Es justa e imparcial, pero se sienta contigo a explicarte en qué has fallado o cómo mejorar si es necesario.

Aun así...

Cece vuelve a cogerme de la mano y la lleva hasta su regazo. Le lanzo una mirada agradecida y ella me tira un beso.

Jo, ojalá fuera como ella. Calmada, recta, como un nenúfar flotando en un estanque. Como no soy ella, pero sí tengo la grandísima suerte de ser su amiga, me conformo con ser la rana nerviosa que se aferra por su vida al nenúfar.

—Bien, vamos allá —dice entonces la señora Abbot. Nos recorre a los tres con su mirada de búho real (que a título personal es la que más miedo me da)—. Sabéis que siento una especial afinidad por la labor que se lleva a cabo en el Imugi. Me parece muy acertado enfocar vuestras habilidades y talento en una fundación que ha demostrado que su principal interés es el rescate, cuidado y readaptación de multitud de especies. Y, por supuesto, no soy de las que piensan que el trabajo de un santuario es limpiar cacas ajenas.

—Pero es una gran parte de ello —comenta Kang, e, incluso sin verlo, sé que está sonriendo de oreja a oreja.

Me imagino hasta su postura: echado hacia atrás, con los brazos y las piernas extendidos y mostrándose muy relajado. Puede permitírselo. Quiero decir, no tiene motivos para estar nervioso.

Cuando empecé la carrera ya sabía de la existencia de las becas del Imugi. Las empezaron a ofrecer hace unos ocho años. Se estudia a diez candidatos de distintas carreras relacionadas con los puestos del santuario y ellos deciden a quiénes escoger. Pueden conceder una sola beca, las diez, seis o nin-

guna. Ellos tienen el control. Por lo que sé, se fían mucho de las recomendaciones del profesorado y me consta que tienen en alta estima a la señora Abbot.

He hecho estadísticas de las becas concedidas en esos años. De las diez becas, suelen dar un sesenta por ciento o menos. Ese sesenta por ciento está repartido equitativamente entre hombres y mujeres, todos con expedientes limpios y destacables. Parece que se fijan mucho en...

Cece me aprieta la mano para que vuelva a la realidad.

—Creo que sabéis por qué estáis aquí —continúa la señora Abbot—. Este año, el Imugi ha decidido conceder únicamente tres becas, tres oportunidades para realizar dos meses de prácticas en su santuario de la mano de grandes profesionales del sector. Una veterinaria... y dos cuidadores.

Abro la boca, aturdida. Mi respiración se acelera.

«Ay, Señor. Ay, Dios. Ay, universo.»

Sus palabras son aquello con lo que llevo soñando toda la vida.

Mi profesora emite un ruidito nasal. Está sonriendo y meneando la cabeza.

—Todavía me asombra que dude tanto de sí misma —murmura. Recoge tres carpetas negras de su escritorio—. Cecilia, estarás bajo la tutela de Bastian Mulder, uno de los veterinarios jefes. Atiende a todo el santuario, pero opera sobre todo en la Granja. Young Jae, tú estarás con Fabio Mendoza en la Bahía. Y Sierra... —Hace una pausa que prácticamente me provoca una apoplejía y ella *lo sabe*. Por su sonrisa, sé que lo sabe—. Estarás con Chetana Kaur en el Valle de los Tigres.

Siento las piernas de gelatina cuando me levanto a por mi carpeta. Es gruesa y ya estoy deseando llegar al piso y leerlo todo punto por punto. Incluso el cursillo obligatorio de prevención de riesgos laborales me emociona.

Cece y yo nos miramos sin creérnoslo del todo.

Lo hemos... lo hemos conseguido.

Por otro lado, no me extraña para nada que Kang vaya a la Bahía. No solo sé (bueno, lo he leído) que se pasa horas y horas allí desde pequeño con los delfines (ventajas de ser el hijo del dueño, ¿no?), sino que pega completamente con su personalidad. ¿Hay animal más exhibicionista que un delfín?

A ver, amo a los delfines tanto como a los demás animales. Pero... Sí. Son espíritus afines.

—El Imugi ha estudiado a fondo dónde colocaros y ha tenido en cuenta vuestras preferencias, como veis. —Los pendientes de la señora Abbot se balancean cuando se cruza de brazos, apoyada contra el escritorio. Yo ya he abierto la carpeta sobre mis rodillas y siento el corazón a punto de explotar cuando leo «Manual para becarios. Santuario Imugi»—. Los correspondientes cuidadores han acomodado sus rutinas para vosotros, así que aseguraos de ser tan agradecidos como estoy convencida de que sois, y de beberos, literalmente, sus enseñanzas y consejos. Y, chicos...

Todos la miramos con atención.

Nuestra profesora favorita nos dedica una sonrisa de cariño.

—Felicidades. Os lo habéis ganado.



Me parece que camino sobre nubes de algodón de azúcar cuando salimos del edificio de Ciencias de la Vida. Estamos a principios de mayo y en Los Ángeles no suele llover por esta época. El día está despejado, el sol quizá un pelín fuerte para estas mejillas pálidas, pero ahora mismo me importa un bledo.

Cece y yo nos abrazamos y saltamos unos minutos, desahogándonos. Varios estudiantes que descansan en el césped o pasan con prisa por nuestro lado nos observan con sonrisas y cejas arqueadas.

—Va a ser duro —digo, con la respiración agitada.

—Tendremos que seguir estudiando para los exámenes y nos pillaré la graduación de por medio —afirma Cece—. Pero...

—¡Nos importa una mierda! —chillamos a la vez.

Cuando recuperamos un poco la cordura, uno de los compañeros de clase de Cece la llama por teléfono.

—Me voy pitando al laboratorio —me dice caminando hacia atrás—. Pero esta noche lo celebramos, ¿vale?

—Claro.

Atravieso el campus hacia el aparcamiento para bicis y compruebo que tengo mensajes de Lluvia, Trinity, Travis, Cooper, Dwight e incluso Asher, expectantes por lo sucedido.

A veces no sé cómo he acabado trabando amistad con ellos. Si echo la vista atrás, todo empezó con Lluvia. Con ella llegó su novio Asher; claro, pasaba mucho tiempo en nuestro piso. Él acabó trayendo en alguna ocasión a su mejor amigo, Travis, y luego llegó Trinity, la mejor amiga de Lluvia y posterior novia de Travis, y entonces aparecieron los compañeros de piso de los chicos, Cooper y Dwight. Todos jugadores de fútbol americano y pequeños dioses dentro del campus de la UCLA.

Al principio recuerdo intentar escaquearme de las reuniones, más por prevención que por deseo real. Estaba convencida de que era una intrusa entre todas aquellas personas perfectas y guapas. Hasta que Dwight empezó a tirarse pedos, Travis se desmayó por pisar una caca falsa y Asher hiperventiló al encontrar el nido de ácaros de nuestra despensa.

Vaya, que descubrí que son personas normales. Como yo. Mejor dotadas genéticamente, tal vez, pero... tienen su puntito friki. Y lo mejor de todo: respetan mis excentricidades.

Excepto el caníbal de Cooper, por supuesto. Pero hasta discutir con él sobre veganismo se ha convertido en algo divertido. Tanto que llegamos a enrollarnos en una ocasión por la tensión acumulada. Pero esa es otra historia.

Mi madre me ha escrito: «Lláname en cuanto salgas, en plan, EN CUANTO SALGAS», y el señor Chiang, mi jefe en el Mooncake, me ha enviado una foto de su flamante nieta con el subtítulo «Ella quitar trabajo. ¿Proyecto animales bien?». Al final, sí que conseguí trabajo a media jornada. Su cafetería fue el único lugar en el que me aceptaron tras una breve entrevista, e incluso crearon una carta vegana después de una sugerencia mía. Desde entonces he sido camarera allí y ahora estoy disfrutando de vacaciones involuntarias mientras los Chiang disfrutan de ser abuelos.

A todos les envió una foto de la carpeta y el manual para becarios del Imugi, y mi móvil empieza a silbar como loco con todas las respuestas simultáneas.

Siento calidez en el pecho al darme cuenta de que hoy, me encuentre con quien me encuentre, me felicitarán y recibiré alegría y orgullo genuinos de parte de mi familia y amigos.

Y eso es... increíble.

Algo con lo que la Sierra que empezó la universidad jamás hubiera soñado.

—Eh, O'Brien.

Aprieto los labios con fuerza para no espetarle que no me llame así. No sirve de nada. Se lo he pedido muchas veces y solo sonrío y, al día siguiente, vuelve a hacerlo. Así que he decidido que es mejor ignorarlo. Para aquellos a los que les gusta ser el centro de atención, como él, no hay nada peor que fingir que no oyes sus pullas.

—Qué.

Kang me rodea para situarse frente a mí.

—Quería felicitarte. Por... Ya sabes.

¿Felicitarme? ¿Por «Ya sabes»? Diría que está nervioso, pero eso es imposible viniendo de él.

—Yo a ti... también —me encuentro diciendo. Porque, ante todo, mis padres criaron a una chica con modales.

Sonríe y me da la sensación de que hay una pizca de amargura ahí, en las comisuras de sus labios.

—No mientas, Sierra. Una de las cosas que más me gustan de ti es tu superlativa sinceridad.

Suspiro. ¿Una de las cosas que más le gustan de mí? Ya, claro.

Pero no voy a discutir. Hoy es un *gran* día.

—No estoy mintiendo —admito—. No me fío de ti, pero sí de la señora Abbot. Y si ella cree que mereces la beca, así es.

Algo se rompe en su expresión, como si no se esperara mis palabras. Ya, yo tampoco las esperaba del todo. Sigo pensando que yo podría haber sido una pobre Emma que se queda en el camino de sus sueños por culpa de un usurpador, pero la beca se obtiene por méritos académicos. He estudiado cuatro años con este tío. Otra cosa no, pero se ha esforzado una barbaridad.

Puede que no entienda jamás sus razones para optar por el camino largo cuando conoce el atajo, pero una cosa no quita la otra.

—Ah —murmura. Pero se recupera rápido de su lapsus, como si hubiera reiniciado el sistema apretando un botón en su cerebro—. Nos vemos el sábado en la gala benéfica, ¿no?

Siento un vacío en el estómago, pero lo disimulo con una sonrisa seca.

—El pan de cada día para ti, supongo.

—Oh, sí, siempre llevo un frac debajo de la ropa por si acaso. Como Superman. —Se aleja y me guiña un ojo, y nada me gustaría más en este momento que ser la clase de persona que puede verlo hacer eso y no sentir *nada*—. Estoy deseando ver tu elección de vestido. Recuerda que la etiqueta es cóctel. Puedes buscarlo en Google si tienes dudas.

«No le hagas el corte de manga.»

«No le hagas el corte de manga.»

«No le...»

—¡Guau! —Kang se toca el pecho y finge una mueca de dolor—. Joder, eso ha pasado cerca del corazón. Eres un peligro.

Sus palabras tocan mi fibra sensible por razones totalmente distintas y, como soy pésima disimulando mis expresiones, le doy la espalda y me alejo.

Tengo que buscar un puto vestido ESPECTACULAR, del nivel de la Met Gala si hace falta.

Y conozco a la persona perfecta para eso.